

Preguntas que siguen sin respuesta

Alejandro Ariel González

La vigencia y actualidad de la obra de Fiódor Dostoievski está ligada, en mi opinión, a que las preguntas que plantea aún no han sido respondidas. Nosotros dramatizamos y encarnamos los conflictos que aparecen en sus obras. En este sentido, creo que Dostoievski fue quien más profundamente interpeló a la civilización occidental moderna en *Apuntes de invierno sobre impresiones de verano* y *Memorias del subsuelo*. ¿Cómo es posible vivir sin instancias sagradas? ¿Cómo sustituir con convenciones humanas –los Derechos del Hombre y del Ciudadano, los Derechos Humanos, las Constituciones nacionales, etc.– aquello que históricamente se atribuía a obra y voluntad de Dios? De aquí surgen preguntas más prácticas: ¿sobre qué base un humano debe reconocer a otro como a un igual?, ¿las convenciones humanas (por ejemplo, esa nueva «santísima trinidad» de *liberté, égalité, fraternité*) son suficientes para contener el egoísmo y las apetencias de los hombres?, ¿qué futuro le espera a una civilización librada a la búsqueda de ganancia?, ¿ante qué, finalmente, podrá detenerse el hombre? Esas preguntas Dostoievski las formuló *antes* de que Friedrich Nietzsche reflexionara sobre el nihilismo y de que Heidegger, hacia el fin de su vida, afirmara que «sólo un Dios puede salvarnos». Esto refuerza mi idea de que Dostoievski fue el que mejor cifró el problema espiritual que se presentaba al hombre moderno. Debemos señalar, ciertamente, que el propio Dostoievski empezó a buscar una respuesta a esos dilemas a partir de *Crimen y castigo*, tanto en sus novelas como en su labor al frente de sus revistas y de su *Diario de un escritor*. Sin embargo, podemos decir sin temor que sus respuestas sí han perdido vigencia: hoy nadie en su sano juicio cree en la existencia de un «Dios ruso» que vendrá a salvarnos, y su mesianismo tampoco se ajusta a la sensibilidad de nuestros tiempos. Sea como fuere, pertenece a Dostoievski el mérito de echar luz sobre estas cuestiones. Como todo gran artista y pensador, su genialidad consistió en formular la pregunta, en detectar el conflicto.

Por otra parte, Dostoievski supo hallar expresión artística a estos interrogantes. La forma de sus novelas se anticipó décadas a los hallazgos de la literatura del siglo XX. La representación y tematización de una conciencia desgarrada, de un yo en proceso de

desintegración, de una percepción fragmentada, cuestionaban baluartes del pensamiento decimonónico: la noción de un «yo» indiviso y de una realidad unitaria. Aquellos principios «sólidos» en los que reposaba la concepción del mundo moderno, especialmente a partir de Descartes, estallan en pedazos en la forma artística de Dostoievski. Esto, en rigor, ya puede observarse en su temprana novela *El doble*. En *Memorias del subsuelo*, por ejemplo, forma y contenido son inseparables; de hecho, aun hoy es un texto difícil de abordar para quien crea «ingenuamente» en los discursos (en este caso, literarios). El habla del «hombre del subsuelo» es presa de la dinámica espiritual del personaje; el lector solo accede a dicha dinámica si es capaz de relativizar sus palabras y comprender a qué obedecen. Es decir, en la obra, el habla emerge como la parte de un todo que hay que reconstruir. Eso, otra vez, obliga a hacer una operación intelectual muy actual en nuestros tiempos: descreer de la palabra y sospechar motivaciones, lo que parcialmente nos lleva al conocido eje de los «maestros de la sospecha»: Marx, Nietzsche y Freud.

En definitiva, volvemos una y otra vez a Dostoievski porque encontramos en su obra los conflictos que nos atraviesan. Como he señalado en otras oportunidades, volvemos a Dostoievski porque *él sabe más de nosotros que nosotros de él*.